

5



ROSAS NOVELA POR MARIANO TOMAS

I

¿En qué rosal o en qué vida no han florecido cinco rosas?... Acaso haya alguien que no se acuerde de sus cinco rosas, pero las habrá tenido en la mano y habrá respirado su perfume, sino que las dejaría caer en el camino sin volver los ojos hacia ellas. Pero yo sé que con usted no ha sido así, y que las conserva igual que yo las guardo. Por eso mi historia que es un humilde cuento de todas las horas, le parecerá tal vez, que encuadra sus propios recuerdos y las espigas de mis cinco rosas le herirán levemente la capa para que vuelva los ojos hacia ellas. Yo quiero contarle la historia de mis cinco rosas sin pretender que usted se interese por una vida desconocida, sino con la esperanza de que piense que le hablo de su vida misma...

De mi primera rosa guardo una memoria confusa que parece, más bien, cañamazo tosco donde se fueron hilvanando palabras ajenas... La estancia era amplia y soleada, con un balcón grande que se abría sobre la plaza del pueblo, y con viejo lecho de pilares torneadas y dosel descolorido, que fué de los abuelos de nuestros abuelos. Yo me hundía en aquellas sábanas blanquísimas como argelote en vellones de nubes, sino que el ángel tenía las mejillas hundidas y los ojos cegados de resplandores internos. Me moría de calenturas, según le decía a mis sentidos, agudizados por la fiebre, el run-run de las mujeronas aldeanas, que venían al atardecer a hacer compañía a madre, y cuchicheaban cuando ella salía; recuerdo que, alguna vez entrecruzaba las manos sobre el pecho, como yo había visto que partieren algunos camaradas de juegos infantiles, por aquel camino que nunca se recorre de vuelta.

—Me llevarán así, y me pondrán rosas y pensamientos —pensaba indiferente y lejano

Cuando se marchaban las mujeres, subía de la calle algarazas de chicos y bajaba desde los cielos guirigay de vencejos, para unirse todos los ruidos y mecarme entre sombras de delirio y añoranzas de otros días, de los días en que era yo el más alborotador de los zagales. Ahora, la memoria que más me acuciaba era el de aquella cascada en un rincón de la sierra, que era batán sobre las piedras pulidas, y se hacía ella misma espuma y encaje; venía a herirla el sol de la tarde, y festoneaba su blancura de azul y de rosa y de anaranjado, como el arco del cielo; y era inútil afán nuestro tomar aquel arco iris entre los dedos, porque se nos hacía gotas incoloras en las manos tendidas... Sino que, en mi lecho, era de la frescura de sus aguas el recuerdo más largo:

—¡Madre... madre!

—¿Qué, hijo? ¿Quieres algo? —decía madre, ahogándosele las palabras en oleadas de ternuras y congojas.

—Sí, madre... mañana, cuando me levantes... iremos a beber agua en la cascada del Navazo...

—Sí, iremos... pero no te destapes ahora—. Y arropaba sábanas y frazada alrededor del cuerpo agitado de escalofríos, con un ademán blando y triste...

En las noches, se me clavaba en la frente el tic-tac del viejo reloj de pasas que abría su ojo de ciclope enfrente de mi cama:

—¡Madre!

—¿Qué quieres, hijo?

—¡Me da miedo el reloj... Llévatelo de aquí!

—Sirve para que te pongas bueno, porque él me dice cuándo te he de dar las medicinas.

Yo sonreía malicioso, pues pensaba llevararme muy quedito en la noche, y arrojar el armatoste antipático a la plaza: "Así no tomaré más potingues de mal sabor —pensaba— porque nadie dirá que me los den".

Y pasaban las horas y los días, amojonados por el tic-tac monótono e indiferente que se clavaba en las sienes. La figura de ma-

dre se recortaba frente a mí, sobre el balcón y el cielo, que era azul a unas horas, y negro, con hervor de estrellas, en otras. A veces, cuando me fingía dormido, se acercaba de puntillas al lecho y yo veía entonces dos estrellas más claras, tomadas a los cielos sin duda, que le bajaban lentamente desde los ojos, por las mejillas pálidas... Hasta que un día...

Un día... Era de sol gozoso de otoño, que es el más amable con los campos y parece el más enamorado, porque se ha de disculpar del abandono próximo, cuando una y otra hora se oculta tras las nubes de temporal, y, si se acoma, es para cabrillear y retozar con la nieve en los picos de la sierra. Un día madre, lloró a sus anchas, sin ocultarme el llanto, porque ya era de gozo, y me besó mil veces, como no recordaba que me hubiera besado nunca:

—¡Hijo... Hijo...! ¿Sabes?

—No, madre...

—Dice el médico que ya... que ya... Y se le volvió a hundir la voz en aquel abismo de dulces congojas.

Me alcé del lecho a los dos días, pero aun estuve otros cuantos preso en la cárcel blanqueada de mi estancia. Ya torné a las amistades con el viejo reloj de pasas, y me parecía hasta gruñido cordial, como el del mastín que se acurrucaba al sol bajo mis pies, aquel chirriar de ruedas, precursor de las horas. A la tarde, cuando el sol bajaba en el horizonte, veía desde mi balcón a los amigos, que me saludaban con algarabía de avejillas sueltas:

—¿No bajas, Toñín?

—¡Aun dice madre que no estoy bueno del todo!

—¡Mañana es San Rafael, y habrá vaquillas en la plaza!

—¡Para mañana he de salir a misa; me lo ha dicho madre!

Y salí a misa, por primera vez, después de mi enfermedad, el día de San Rafael glorioso. Era fiesta aldeana y había llegado charanga del pueblo vecino, y bailaban las mozas y los mozos en medio de la plaza, sobre alfombra de juncos esparcidos; en los soportales de la iglesia había puestos de flores y de garbanzos tostados, y jinjoles que maduran y se hacen rojos y jugosos por los días de otoño; el atrio estaba adornado con cabinas, ya sin el botón rojo de la primavera, con retamas y tomillos dorados.

Recuerdo que estaba la imagen del Santo Arcángel a la derecha del altar, y los farolillos encendidos del trono surgían de una nube de flores que habían traído los fieles para ofrecérselas al Santo Patrón. Madre trajo también crisantemos y rosas de otoño, que florecían en el huerto por obra de sus muchos cuidados y con la ayuda del sol tibio... ¡Rosa, menudas y graciosas, y de blanco de nube, como no las había en la comarca! Cuando el señor vicario bendijo el trono florido, madre tomó una de las rosas y me la prendió al pecho, como una estrella que premiara heroísmos y riesgos:

—Este es regalo del Santo —me dijo— que ya me hizo regalo a mí de lo que yo más quiero.

Estuvo mucho tiempo aquella rosa en un búcaro colcer de amatista, sobre una cómoda panzuda, donde había también lirios de terciopelo, y una virgen de las Angustias bajo un fanal bordeado de purpurina y azul de cielo.

II

De mañana, entraba el sol a borbotones por las maderas mal cerradas del balcón, y venía a besarme en la frente cuando madre se descuidaba un poco en los quehaceres de la hacienda, para darme igual que madre:

—Arriba, Toñín, que ya es hora de trajín en la casa.

Me sabían más dulces y tenían más calor los besos de madre, pero también el sol era bueno conmigo, y yo lo quería tanto, que ahora, cuando cierro los ojos para mirar el camino cruzado, se me ilumina con el sol de entonces, porque aun guardo sus rayos en el pecho. Desde la corralada, subía afán de vida, laberinto de voces y de ruidos donde se me perdía la nareza y el amor al lab...